

¿Introversión del país?

Se ha comentado el resultado de la última Encuesta Bicentenario, en relación con la opinión de los chilenos sobre los vecinos y los países latinoamericanos en general: iría de la ignorancia a la soberbia. Respecto de anteriores mediciones, la aversión y el sentido de superioridad se habrían acentuado. Lo que más resalta es el aire de desconfianza con que se mira nuestro barrio. La posición desalentada con que se mira a América Latina es compartida de manera más o menos parecida por todos los sectores políticos y grupos sociales. En el caso de Bolivia, se incrementa el rechazo a todo tipo de acuerdo, aunque en el mismo Tratado de 1904 está estipulado el libre tránsito de comercio, lo que obliga a Chile a dar facilidades. Aflora escepticismo en la cooperación entre los países latinoamericanos y demasiada indiferencia acerca de la realidad latinoamericana. Esto ha hecho sonar la campana de alarma sobre nuestro aislamiento y presunción. Sin embargo, de reflejar la encuesta una realidad mental que perdure en el tiempo, ¿es tan extraña la reacción espontánea de los chilenos?

En principio, no. La cooperación entre países latinoamericanos es escasa, o se da por medio de raptos



Por
Joaquín
Fiermendois

de entusiasmo ideológico, como entre Chávez y Evo Morales. Chile —lo vemos de cuando en cuando— tiene problemas con sus vecinos que no obedecen a causas que sean tratables de acuerdo con una racionalidad normal en lo que respecta a Perú y Bolivia; en cuanto a Argentina, la sociedad más educada y más compleja de nuestra América no arriba a una consolidación política, como si se encontrara atrapada desde y para siempre en un laberinto político. Aunque hay señales mixtas acerca del mejoramiento de la situación social y económica en toda la región, no es extraño que los chilenos vean y comparen (aunque lo hagan sin mayor análisis) y sientan que su país está claramente mejor que antes. Esto no da patente de arrogancia barata, ya que siempre nos movemos sobre un terreno propenso a temblores y terremotos. ¡Para qué hablar con la crisis económica mundial!

*En América Latina
se esgrime a veces
un nacionalismo gruñón y provinciano.*

Intensificar las relaciones con los países latinoamericanos no puede significar ni asumir los devaneos que con intermitencia aquejan al continente, ni olvidar que tanto nuestros intereses materiales como la cultura que nos alimenta se relacionan con fuerzas globales. Esto último es especialmente cierto en el momento de buscar ejemplos e ins-

piramos en ideas para afrontar nuestros dilemas. En América Latina se esgrime a veces un nacionalismo gruñón y provinciano, que pide volver a las raíces, aunque se es muy vago cuando se quiere identificar a estas. No se debe perder de vista la universalidad de la cultura y de las ideas sociales que, sin embargo, dependen de la vitalidad de no demasiados países; en lo básico, de un mundo que circula entre Europa y Estados Unidos, y algo más, no mucho más.

Existe, asimismo, algo más inmaterial, un pasado universal, que muchas veces tendemos a perder de vista, una larga historia que le habla mucho al hombre moderno si se sabe escuchar. Mucho vuelco a América Latina —eso de mirarse el ombligo— en los programas de estudio, por ejemplo, puede restar esa fuerza de orientación hacia nuestros problemas reales del país y de la misma región. En la educación

chilena, por décadas hemos podido contar con la espléndida "Historia Universal" de Ricardo Krebs Wilckens, quien precisamente hoy día cumple 90 años de edad. La conciencia del universo y de la diversidad humanas aporta más a reconocer la individualidad de nuestros países y de nuestra América, que la aclamación de una identidad ficticia.